

Lección 12

LOS LIBROS PROFÉTICOS III, EZEQUIEL Y DANIEL

Primera Parte

Locutor: El tiempo del exilio de Judá en Babilonia fue la época en la cual algunos profetas fueron llamados por Dios a desarrollar sus ministerios. Entre aquellos profetas se encuentran nuestros invitados en esta entrevista final del curso. Empezaremos con quien es probablemente uno de los profetas más conocidos. ¡Conozcamos ahora mismo al profeta Ezequiel! ¿Por qué eres bastante conocido Ezequiel?

Ezequiel

Ezequiel: Considero que soy conocido por dos cosas. Primera, yo soy indudablemente otro de los profetas cuyo libro tiene más capítulos. Sólo me superan los profetas Isaías y Jeremías. Mi libro contiene 48 capítulos. También soy uno de los así llamados *Profetas Mayores*. La segunda cosa que creo me hace conocido entre los lectores de la Biblia es que mi libro contiene una buena cantidad de visiones. La revelación visionaria fue una forma en la cual Dios me reveló su voluntad. Entre las visiones se encuentra la muy conocida del valle de los huesos secos, que aparece en el capítulo 37 del libro. Sin duda, esta visión es una de las más conocidas y favoritas de muchos de los lectores asiduos de la Biblia.

Locutor: Antes de que hablemos más de esta famosa visión, nos gustaría conocerte más a ti en tu persona. ¿De dónde eres?

Ezequiel: En realidad la Biblia no menciona específicamente de donde provengo. Aunque por evidencias internas en mi libro se puede inferir que viví gran parte de mis primeros 30 años de vida en la ciudad de Jerusalén antes de la conquista de la ciudad en el año 598 aC. Mi padre se llamó Buzi; de mi madre no se dan datos. Se ha detectado que antes de que yo saliera al exilio, desempeñaba mi oficio de sacerdote en el templo de Jerusalén (1.3). Eso quiere decir que yo era ya un hombre mayor de 30 años. En efecto, yo estaba entre los que fueron deportados del reino del Sur por los babilonios. Ellos nos llevaron a residir en la región a las orillas del río Quebar y es muy probable que yo haya vivido en un poblado de nombre Tel-abib (3.15). Aun cuando los caldeos o babilonios nos otorgaron ciertas facilidades (8.1) para vivir en aquellas tierras, sin embargo, sabíamos que esas tierras no eran nuestras. Desde el principio del exilio añorábamos regresar a Judá. Inmediatamente empezamos a extrañar muchas cosas nuestras. Como suele suceder, una vez que nosotros, los judíos, perdimos lo que teníamos en nuestra nación, lo vinimos a aquilatar en gran manera cuando era ya demasiado tarde. Fuimos como un preso que sólo se da cuenta del enorme tesoro de la libertad cuando ya la ha perdido. Nosotros trabajamos no para nuestras familias y nación, sino para los conquistadores babilonios.

Locutor: De manera que eras sacerdote. Con toda seguridad tu oficio de sacerdote lo has de haber desempeñado en el exilio de una manera modificada pues ya no había templo. ¿Cómo es que te conocemos como profeta? ¡Cuéntanos cómo te llamó Dios para ser uno de sus profetas!

Ezequiel: Muy bien. En el año 593 aC (1.2), me encontraba exilado con mis compatriotas en

tierras caldeas cuando un día Dios me habló (1.3). Me hizo ver una visión, y mediante la visión claramente me encomendó mi ministerio profético. Me dijo que mi labor no sería nada fácil pues él sabía que el pueblo judío era sumamente rebelde (2.3; 3.7). Pero Dios deseaba que a pesar de tal situación de rebeldía hubiese siempre un profeta revelando la voluntad divina al pueblo (2.5). Así, Dios me escogió a mí. Debo aclarar que yo no tuve ningún mérito especial para que Dios me escogiese a mí entre los sacerdotes exilados. Simplemente, en su soberanía, Dios me tomó a mí. Él me dio también claramente el papel a seguir. Me dijo que me mandaba con el propósito específico de ser un vigía o vigilante de su pueblo (3.17). La visión en la que Dios me llamó fue tan poderosa que yo me quedé sin aliento para hablar (3.15). Por cierto ésta no fue la única vez que me quedé sin palabras en mi ministerio. Más adelante en mi libro se hace alusión a otras ocasiones en que permanecí mudo (24.27). Cuando los eruditos consideran el contexto de mi llamamiento y ven el desarrollo de mi ministerio, se dan cuenta que mi libro da cierto énfasis a las experiencias visionarias que tuve a lo largo de mi ministerio profético. No ha faltado alguno que otro erudito que me ha comparado con cierto movimiento de corte carismático, al estilo de algunas iglesias actuales de carácter pentecostal que dan también mucho énfasis a las experiencias de tono visionario. Tampoco ha faltado quien haya afirmado que yo tenía un carácter neurótico u ocasionalmente lunático.

Locutor: ¿Cuáles fueron los eventos históricos más importantes durante tu ministerio?

Ezequiel: Bueno, hubo varios. Ya hice mención a la deportación de los judíos a Babilonia en 598 aC ordenada por Nabucodonosor. En Judá, Jeremías continuó su ministerio profético después de esta deportación. Por cierto, él y yo, aunque no nos conocimos personalmente, observamos el desempeño imperialista de los babilonios. Ambos interpretamos que éste era un designio de Dios para castigar a su pueblo, el cual, por cierto, se lo merecía por no haber cumplido con su parte en el pacto. También interpretamos que los babilonios simplemente eran un instrumento punitivo de Dios para los judíos. La primera deportación no fue la única vez que Dios castigó a su pueblo. Más adelante, en 587 aC los babilonios destruyeron el templo en Jerusalén. Jeremías y yo vivimos una época en que si bien los babilonios dominaban militar y políticamente, sin embargo el equilibrio de poder no era del todo estable. A nosotros nos tocó también presenciar tiempos en que los babilonios eran desafiados por otras potencias militares como los egipcios y los medos. Estas naciones estaban ansiosas en expandir sus dominios más allá de sus fronteras. Los mismos judíos intentaron aliarse con algunas de las naciones para librarse del dominio babilonio. Es por esto que los babilonios decidieron destruir Jerusalén para terminar con toda la oposición judía.

Locutor: Has dicho que viviste en el exilio antes de la destrucción de Jerusalén. Me imagino que mientras estabas en el exilio antes de 587 aC te era relativamente fácil ejercer tu ministerio profético apelando siempre al templo y todo lo que ello significaba para los judíos. Es decir, el templo era siempre un recurso estable para validar en cierta forma la predicación de la revelación divina. Pero después de su destrucción, obviamente el templo desapareció. Entonces el oficio profético debió haber sido extremadamente difícil. ¿Tiene validez esta apreciación?

Ezequiel: En realidad no se facilitó la labor profética aún teniendo el templo físico. Yo me encontré en medio de profetas falsos, por ejemplo, aun antes de la destrucción del templo (capítulo 13). Ellos me dieron muchos problemas porque también usaban al templo para

falsamente profetizar a los exilados que un día próximo volverían a ver Jerusalén y el templo. Me costó mucho desarraigar esto de la mentalidad de los exiliados, y en realidad no sé si tuve éxito. Más aún, fue en esta situación que Dios me reveló un día que esa noche ya no tendría más la dicha de ver con vida a mi esposa. Dios quiso que mi sufrimiento personal en estas circunstancias fuera un ejemplo visual de lo que le pasaría a Jerusalén muy pronto, lo cual aconteció en el año 587 aC (Ezequiel 24.15ss).

Locutor: Ahora me gustaría que nos hablaras de algunas porciones de tu libro.

Ezequiel: Creo que las visiones y las acciones simbólicas que realicé han llamado la atención de muchas personas. Voy a compartir algunas con ustedes. Para empezar mencionaré la visión de las abominaciones. Éstas presentan el cuadro de las abominaciones de la gente de Judá, y en especial de Jerusalén, ya que al templo lo habían convertido en un lugar de idolatría espantosa (capítulo 8). Me puedo imaginar los grandes apuros de Jeremías. En realidad no debe sorprender que Jeremías tuviese muchos enemigos como para recibir varios atentados contra su vida. Una visión más conectada con una imagen del campo es aquella de la vid improductiva en la cual Dios compara al pueblo desobediente con una planta que por carecer de productividad se la manda a quemar (capítulo 15). Otra famosa visión es la del templo nuevo de Jerusalén, que describe a un templo reconstruido. Obviamente esta visión se me reveló después del año 587 aC (capítulos 40-42). Y desde luego la otra visión fue la del valle de los huesos secos (capítulo 37). Estas son algunas de las acciones simbólicas que realicé para enfatizar la revelación divina: para ilustrar el castigo, asedio y caída de Jerusalén, Dios me indicó que delante del pueblo debería recostarme sólo sobre un costado, por determinado número de días. No podría moverme para nada. Comería una comida especial y llegado el cumplimiento de los días, me debería voltear para permanecer otro número determinado de días en el costado contrario. Enfrente de mí tendría, en una especie de diseño o maqueta, representada la ciudad de Jerusalén. Dios quería mandar al pueblo exiliado el mensaje del asedio y posterior caída de Jerusalén por medio de la acción simbólica que yo estaba representando. Después de esto me dijo que me cortara el pelo y la barba y lo dividiera en tres partes. Cada parte tenía un significado singular (capítulos 4-5). Yo debía hacer algo especial con cada una de ellas. Dios quería hacer público su juicio en contra de su pueblo por no haber cumplido éste su parte del pacto. Hay eruditos que han considerado mi profecía como una profecía del enjuiciamiento de Dios. Por cierto, este enjuiciamiento hace un recuento histórico del pueblo desde el éxodo. Por eso a mí también algunos eruditos me han llamado el profeta del juicio. Debo admitir que yo no soy el único profeta que habló del juicio de Dios, aunque admito que en mi libro existe cierta relevancia de este tema.

Locutor: ¿Se facilitó o empeoró tu ministerio después de la destrucción del templo?

Ezequiel: En realidad se empeoró en un sentido, pero en otro mejoró. Déjenme explicarme. La gente decayó desmedidamente. Jamás se imaginaron que Dios les castigaría así. Algunos probablemente se rebelaron aún más contra Dios. Mi ministerio profético también consistió en hacer volver la confianza en Dios al desalentado pueblo judío. Como ya hice mención, los falsos profetas por años predicaron a la gente que Dios les haría volver a Jerusalén pronto. Desde luego que yo me opuse tenazmente a esto. A mi gente no le agradó mi profecía. Pero una vez que ella fue confirmada por los hechos que Dios permitió que se desataran, mi ministerio mejoró un poco. Entonces los dirigentes del pueblo me consultaron (14.1; 20.1), aunque con frecuencia no

ponían atención o desechaban mi palabra (33.31). La tarea de hacer que el pueblo volviera a ganar la confianza en Dios fue enorme y nada fácil. A mí me tocó presenciar la llegada de un numeroso contingente de judíos a las tierras caldeas. Llegaron deshechos, y su desánimo se incrementó rápidamente al juntarse con el desánimo que existía ya entre el pueblo exiliado. Esa fue una combinación atroz. Pero la palabra de Dios es poderosa. La visión de los huesos rotos tiene mucho sentido en este contexto. Dios puede levantar de las ruinas a un pueblo que le brinde alabanza y cumpla con sus propósitos. Así que no puedo afirmar que mi ministerio ganó una especie de nueva popularidad después de la caída de Jerusalén, pero sí puedo afirmar que la revelación divina fue más impactante en semejante situación contraria para los judíos. Como se puede observar, en lo personal me encontré sirviendo mejor a Dios mientras el pueblo sentía el castigo. Entonces hacía mucho sentido el mensaje de esperanza en el futuro.

Locutor: ¿Hay algunas cosas destacadas en tu libro que no hemos mencionado y que te gustaría que los estudiantes conocieran de ti?

Ezequiel: Sí. Quiero primeramente decirles que conmigo, como con Jeremías, se empieza a reforzar el concepto de la responsabilidad individual de cada creyente judío. Esto se debió precisamente al contexto histórico en que desarrollé mi ministerio. Yo estuve ejerciendo mi oficio de profeta en el exilio. Allí no había templo donde el pueblo pudiera acudir en masa a adorar a Dios. Es decir, la adoración colectiva en esas circunstancias fue imposible realizarla como en Jerusalén en el templo. En vista de esto, la adoración individual empezó a tener mayor prominencia, sin que ello descartase por completo la adoración colectiva. La segunda cosa que quiero destacar es la expresión con la cual Dios se dirige a mí constantemente. La expresión es, “hijo de hombre.” En mi libro aparece cerca de 90 veces. Esta expresión reaparece en los evangelios refiriéndose a nuestro Señor Jesucristo. Desde luego que los significados son distintos. En mi libro se usa la expresión para realzar el hecho de que yo soy carne y que como tal hay una gran distancia entre Dios y mi persona. Sin embargo, Dios me escogió a mí para simbolizar que él no desprecia a los seres humanos, aunque detesta nuestra condición pecaminosa, la cual por cierto él está dispuesto a borrar si se cumple con la ley. Desde luego que esto es imposible. De ahí que Dios haya diseñado su plan de rescate a través de Jesucristo. Ahora es la fe la que hace justo al pecador delante de Dios, fe en que Jesucristo ha cumplido la ley en lugar del creyente y que la santidad y perfección de Jesús son apropiadas por medio de la fe. La expresión de “Hijo de hombre” otorgada a Jesús es completamente distinta. Eso lo sabrán con más precisión los estudiantes cuando estudien el Nuevo Testamento. Otra cosa que creo deben saber los estudiantes es que debido a mis visiones descritas en el libro, especialmente aquellas que tienen que ver con el futuro, muchos eruditos me han considerado como el iniciador o padre de la literatura apocalíptica, género de literatura religiosa muy popular en aquellos siglos entre los escritos del antiguo y el nuevo testamentos.

Segunda Parte

Daniel

Locutor: Agradecemos mucho tu presencia en esta entrevista, Ezequiel. Ahora permítenos entrevistar a otra persona cercana a tu época. Daniel es una figura fascinante. Yo dudé presentarlo como un profeta porque sé que eso precisamente es un tema de discusión sobre su libro. ¿Verdad que esto es así, Daniel?

Daniel: Sí, es verdad.

Locutor: ¿Por qué no nos cuentas este detalle? Estoy seguro que queremos escuchar esto de ti.

Daniel: Muy bien. Yo por mi parte estoy encantado de hacerlo. La discusión de si el libro bíblico que lleva mi nombre es un libro profético o un libro perteneciente a los así llamados *Escritos* tiene que ver con el criterio en que se me coloca dentro de los libros del Antiguo Testamento. La traducción griega conocida como la Septuaginta colocó el libro inmediatamente después del libro de Ezequiel. Definitivamente las personas que lo colocaron ahí fueron del criterio de que mi libro pertenecía al género de los libros proféticos. Pero eso no es todo. Hay quienes me identifican como uno de los cinco Profetas Mayores precisamente por esa ubicación en el Antiguo Testamento. Pero mi colocación entre los libros de la colección tradicional hebrea está entre los así llamados libros de los *Escritos*. Obviamente, el contenido de mi libro ha sido objeto de discusión. Hay algunas personas que siguen pensando que soy un profeta, mientras que hay otras que consideran que mi libro es un escrito. La discusión creo que no se detendrá porque ambos grupos de personas ven material en el contenido que definitivamente es parte de ese género. Es decir, los que consideran que soy un profeta ven el contenido profético de mi libro en una forma prominente, y los que me consideran un escrito ven mucho material del género escritural. El Catecismo Menor de Lutero y la mayoría de las traducciones bíblicas del mundo occidental me colocan entre los profetas, precisamente inmediatamente después de Ezequiel y antes de los Profetas Menores.

Locutor: ¡En verdad que es interesante esto que nos cuentas! ¿Existen suficientes datos en tu libro como para presentar un cuadro biográfico tuyo?

Daniel: Lamentablemente no. Y es que ese tipo de material jamás pasó por mi mente que fuera importante. De hecho, no fue importante para mí ni para mis contemporáneos. Aunque estoy consciente que hoy lo es para muchos de ustedes.

Locutor: Sin embargo, tu libro nos debe dar uno que otro detalle de tu persona.

Daniel: Desde luego que sí, aunque no es suficiente. Por ejemplo mi libro dice que yo fui uno de los judíos que el imperio babilónico llevó al exilio, así como le pasó a Ezequiel. Se supone que yo era, al salir de Judá, un joven que tenía ciertas cualidades como las que buscaban los babilonios en los jóvenes de las naciones que conquistaban (1.3) para darles educación caldea en escuelas especiales. Quiero hacer breve mención aquí del significado de mi nombre. Daniel quiere decir “Dios es mi juez.” Mi libro, como ya mencioné, no aporta datos personales significativos para escribir una biografía completa. Por ejemplo no menciona si me casé. Tampoco dice dónde pasé los últimos años de mi vida. Una cosa que el libro afirma es que Dios me dio un carácter agradable con el que me sabía ganar la confianza de muchas personas a mi alrededor (1.9).

Locutor: Hablaste de escuelas especiales. Entiendo que no todos los jóvenes de las naciones conquistadas eran enviados a ellas. ¿Cuáles eran algunos de los requisitos o talentos especiales que debían tener esos jóvenes?

Daniel: Uno de los principales era que los jóvenes pertenecieran a las mejores y principales familias de las naciones conquistadas. Preferentemente se buscaba a los miembros de las familias reales y, digamos, a los miembros de la aristocracia de las naciones. Después se buscaba a jóvenes que fueran inteligentes, saludables, fuertes y que prometieran un rendimiento provechoso en el futuro para beneficiar a la nación babilónica. En pocas palabras se buscaba lo mejor de lo mejor entre aquellos jóvenes. Debido a que yo fui uno de los que fueron seleccionados entre los jóvenes de mi patria judía, se puede deducir que yo pertenecía a una familia de ciertos recursos financieros de Judá. Aunque debo decirles que la Biblia no menciona el nombre ni de mi padre ni de mi madre. Tampoco se menciona la edad que tenía cuando salí al exilio.

Locutor: Me imagino que al llegar a Babilonia ustedes como jóvenes elegidos disfrutaron de un trato especial.

Daniel: Sí. El propósito de los caldeos era ganarnos lo más pronto posible para ellos. La asimilación empezaba pronto a nuestro arribo. Uno lo notaba inmediatamente cuando le asignaban un nombre caldeo a cada estudiante extranjero. A mí me llamaron Beltsasar (4.8, 19). Estas escuelas estaban a cargo de una persona asignada por el rey. Desde luego que esa persona a su vez era responsable del buen funcionamiento de las escuelas y del buen rendimiento de los estudiantes (1.10). El director contaba con la ayuda de varios pedagogos. En cada escuela se formaban grupos de estudiantes. Cada grupo era asignado a un pedagogo, quien era el encargado de velar que la educación cumpliera con los objetivos asignados. El pedagogo era responsable ante el director general y ante el rey por cada miembro de su grupo. El financiamiento de estas escuelas provenía directamente de los ingresos reales. Por ejemplo, el rey había decidido que los estudiantes tuvieran la oportunidad de comer espléndidamente. Les dotaba de succulentos manjares y de vinos que provenían del palacio real. Esto era considerado un verdadero privilegio. El resultado era que los estudiantes extranjeros pronto quedaban comprometidos con el rey. Se convertían en trabajadores incondicionales para su gobierno. Debo mencionar que en la escuela y el grupo que me asignaron, Dios me concedió el privilegio de hacer amistad con otros tres jóvenes judíos que eran de mis mismos ideales. Nuestra amistad se profundizó con el paso del tiempo.

Locutor: Entiendo que tú también te convertiste en un siervo del rey y que gozaste de ciertos favores suyos. ¿Cómo se inició tu relación de trabajo con el rey?

Daniel: Sí, me convertí en un siervo del rey Nabucodonosor. Pero considero que Dios tuvo un plan especial para mi vida. Indudablemente hice aportes positivos a la nación de los babilonios, pero mi interés primordial era servir a mi Dios y después a mi gente. Mi relación de trabajo con el rey empezó cuando yo le interpreté un sueño que lo había afligido mucho y le había impedido dormir. Nabucodonosor pidió a los sabios babilonios que le dijeran de qué se trataba el sueño que él había tenido y cuál era su significado. Como ninguno pudo hacerlo, emitió un edicto en el cual se ordenaba matar a todos los sabios del imperio. Como yo era considerado un sabio fueron a apresarme. Yo le pregunté al oficial que me apresó la razón de aquella orden. Entonces me enteré de lo que motivó al rey a emitir semejante orden. Le pedí al oficial que me llevara al rey, lo cual hizo con prontitud. Ya frente al rey le pedí tiempo para describir e interpretar su sueño,

lo cual aceptó. Entonces me dirigí a mi casa y solicité a mis amigos judíos que se unieran a mis oraciones para que Dios me diera la interpretación del sueño y evitar así que pereciéramos junto con los otros sabios de Babilonia. De noche, Dios me dio a conocer en qué consistía aquel sueño del rey. Después fui a presentarme ante el rey y le dije que ningún ser humano podría jamás revelar el sueño que tuvo, pero Dios sí podía. Y procedí a describirle e interpretar el sueño. En gratitud Nabucodonosor me dio un puesto importante en su imperio, y reconoció que mi Dios era el Dios verdadero.

Locutor: Sé que después estuviste muy conectado con las autoridades caldeas. ¿Nos puedes contar más de estas conexiones?

Daniel: Los primeros seis capítulos de mi libro describen lo que los eruditos han llamado las “historias de la corte.” En estos capítulos se narran historias en conexión con los reyes babilónicos como Nabucodonosor y Belsasar. Una muy conocida es aquella del castigo de Dios cuando enloqueció a Nabucodonosor. Dios hizo esto porque Nabucodonosor se había jactado de sus logros en Babilonia y su poder imperial. En su locura, el rey comió y vivió entre los animales. Pasados cierto número de años, Nabucodonosor reconoció la grandeza del verdadero Dios. Sólo entonces su cordura se restableció (capítulo 4).

Locutor: ¿Cuál fue el propósito general de tu libro?

Daniel: Yo diría que al menos un propósito muy claro era el de brindar esperanza a los exiliados judíos.

Locutor: ¿Cómo lograste esto?

Daniel: Creo que lo logré en cierta manera recurriendo a lo que se conoce como el género literario apocalíptico. Del capítulo siete en adelante se puede leer de las distintas visiones que Dios me dio para, a través de ellas, traer un mensaje de consuelo al pueblo. El género literario apocalíptico tiene ciertas características que no son fáciles de detectar en forma uniforme. Por ejemplo, una característica es que el género es un buen recurso para enviar mensajes por medio de visiones, sueños y símbolos. Muchas veces se recurre a símbolos de animales espantosos. El problema se agudiza especialmente cuando uno detecta que no hay una definición unida de lo que es el género apocalíptico. Quiero decir con esto que esta parte de mi libro ha sido objeto de muchas discusiones interminables. Esencialmente las discusiones se fundamentan en los distintos principios de interpretación bíblica que utilizan las distintas personas que estudian la Biblia. Hay divisiones marcadas en estos principios de interpretación. Alguien ha dicho que para estudiar seriamente estos capítulos de mi libro uno lo debe hacer teniendo sólidos principios hermenéuticos. De otra manera, el estudio de mi libro no será completamente provechoso, y hasta podría ser divisivo. Lo que queda claro en el género apocalíptico es que se describen eventos futuros pero que tienen una interpretación para el tiempo presente. Así es cómo los escritores del género apocalíptico están convencidos de que Dios finalmente intervendrá en la historia humana para ejecutar un acto de salvación final.

Locutor: Ahora entiendo por qué tu libro es uno de los libros proféticos más citados por los grupos milenaristas.

Daniel: No sólo por ellos, sino por toda la gama de grupos que hacen énfasis en la doctrina del milenio, como los pre y post-milenaristas, y aún los dispensacionalistas.

Locutor: No se alarmen si no entienden estos términos ahora. Ya tendremos la oportunidad de estudiar más de cerca al género literario apocalíptico. Finalmente, Daniel, ¿hay alguna cosa que quisieras que los estudiantes sepan sobre tu libro?

Daniel: Sí. Deseo manifestarles que en mi libro en 12.2 se hace claramente mención a la promesa divina de la resurrección. Esta doctrina brindó mucho consuelo a los judíos que sufrieron a causa de obedecer a Dios primero antes que aceptar a los dioses ajenos. Esta doctrina se desarrolla más en el Nuevo Testamento.